

Discurso pronunciado por el Dr. Luis Castelazo Ayala, Vicepresidente de la Academia, en la ceremonia de clausura de las IX Jornadas Médicas Nacionales el 26 de febrero de 1966

Señor Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Honorable presidium,
Distinguidos señores académicos y médicos asistentes a la jornada,
Señoras y Señores:

CON TODA JUSTICIA en las brillantes alocuciones pronunciadas en la ceremonia inaugural de esta jornada se insistió en el hecho —ciertamente notable dentro de la historia de la Corporación— de que la Academia Nacional de Medicina salía ahora por primera vez de su recinto capitalino para venir a actuar, en la función promocional científica que constituye su razón de existir, en el seno de una casa de cultura de la provincia mexicana. La festividad y la gloria de la ocasión, que todos celebramos jubilosos, sólo se ve empañada en la intimidad de nuestras reflexiones por el velo del interrogante que plantea por qué hubieron de pasar largos ciento dos años para que esto ocurriera.

No es el momento de elucubrar en los mecanismos y responsabilidades de tal fenómeno ni tendría nuestro juicio suficiente valor si pretendiéramos hacerlo. La historia muestra a veces sucedidos que son inexplicables a la luz del foco panorámico que ilumina su percepción; y sin embargo, esos hechos encontrarían su explicación y hasta su justificación si el observador se trasladara al ambiente en que ocurrieron y tomara en consideración circunstancias y vivencias de orden cultural, social, moral, etc. de esos momentos.

Si mencionamos una vez más el significado histórico de la celebración de esta jornada, es sólo para encuadrarlo en el concepto general de evolución de nuestra agrupación. El hecho, en efecto, y esto no es en detrimento de su valor intrínseco, es una de las consecuencias que pueden esperarse de un cambio de criterio que en el interior mismo de la Academia ha venido operando, por ventura cada vez con mayores impulsos, desde hace varios años. La Academia no quiere ser ya más ese

recinto elevado —tan alto que se aparta del mundo— hermético y exclusivista, depósito de sabios de mente inalcanzable, con méritos y conocimientos muy valiosos pero encerrados en un claustro forrado de vanidades y egoísmos absurdos. La Academia desea abandonar conservando su régimen austero de actuación científica de alto nivel en sus socios, aumentando la severidad de sus exigencias internas y abriendo sus puertas sólo a valores científicos genuinos que lo merezcan por poseer realmente los atributos del hombre de ciencia con proyección futura; desea abandonar, digo, la actitud de aislamiento como nota distintiva de su personalidad en cuanto es grupo y de la de cada uno de sus integrantes, la actitud de aislamiento para preservar sus valores —los que lo son y los que no lo son— y ocultar sus defectos.

La Academia desea abrirse, mostrar la verdad de su contenido, compartirlo con todos, sentir el impacto de la crítica directa, utilizar la que tenga propósitos sanos, mezclarse con el medio porque en nuestros días es la única forma de trascender en él. La Academia quiere recibir —en su impulso de sinceración— la prueba de ser inspeccionada en sus rincones por la conciencia pública, en este caso representada por los médicos como individuos y por las demás agrupaciones científicas. La Academia sabe en la actualidad que cuando se vale, más prestigio se alcanza si se enseña y comparte lo que se vale y lo que se sabe que si se cubre el conocimiento con el velo de la soberbia y se vive bajo la aureola de la sabiduría inasequible. La Academia, por último, desea probar sus reales capacidades frente a situaciones que parecen indefinidas, discutibles y al amparo de cuya sombra ha vivido largos años acogidas arrogancias y futilidades ¿Tiene realmente capacidades de institución rectora de las mentes e inquietudes científicas de la Medicina de México? ¿Es en verdad una corporación superior? ¿Tiene autoridad para orientar sobre conceptos panorámicos y concretos de moral médica, investigación científica, enseñanza superior, organización médico-social, etc? ¿Lleva con honor y con responsabilidad el carácter de Órgano Consultivo del Gobierno Federal? ¿Le ayuda a la resolución de sus problemas sanitario-asistenciales? ¿en qué grado contribuye como corporación —al margen de lo que se diga en discursos y alocuciones de carácter formalista— a la salud de nuestro pueblo?

Estas preguntas y muchas más han venido inquietando desde hace tiempo la mente de nuestros socios, que buscan una renovación natural de conceptos y de procedimientos a tono con la época. El mérito de las últimas mesas directivas, algo mayor quizá en este sentido para la que ahora está por terminar su gestión, ha consistido en recoger las inquietudes, tamizarlas en forma equilibrada y traducirlas en realidades. Es ésta la razón por la que esta jornada ha salido a provincia; es por ello que se han hecho participar a algunos especialistas distinguidos de esta ciudad y por lo que nos proponemos en el curso de este año dar a las jornadas del futuro sede anual en ciudades del interior, reglamentariamente, con un magno

congreso central cada 5 años. Es con ese criterio que se busca la asociación con las instituciones más serias —Facultades de Medicina y Sociedades Médico-Científicas del más alto prestigio— para prolongar durante este año en forma de Seminarios Foráneos en 10 capitales importantes de Estados de la República, los Cursos de actualización iniciados con tanto éxito el año pasado, uno de los cuales (el de Enfermedades Cardiovasculares) tuvo lugar en esta hospitalaria escuela. Es también por ese motivo que se ha incrementado en el calendario de labores de la Academia que está por principiar las sesiones conjuntas con sociedades científicas de diferentes especialidades, que se invita a la mesa de discusión a personalidades de toda índole sin reparar de donde son, que se ha procurado aumentar el tiro de la revista "Gaceta Médica de México" teniendo como ideal alcanzar el que cada médico mexicano la reciba. Y es por eso que se han planeado una serie de modificaciones estructurales.

Estos cambios no pueden ser realizados, en uno solo de los cortos períodos anuales en los que opera el gobierno de la Academia y por ello se requiere la actuación concatenada, armónica y sucesiva de dirigentes que lo comprendan y que tengan el suficiente desprendimiento para actuar sin remuneración en provecho de la comunidad. Así como está equivocado el médico que encuentra que su ingreso a la Academia es una gloria que premia sus esfuerzos sin exigirle más, también está en un grave error el dirigente que interpreta su elección como una distinción gratificante y honoraria. Uno y otro han de recordar que cada nuevo escalón en la vida es una nueva oportunidad de brillar y destacar para hacerse merecedor de aspirar al siguiente escalón, pero eso sólo si la oportunidad se aprovecha y en efecto se brilla y se destaca. De otra suerte el escalón subido se convierte en peldaño de bajada. ¡Cuántos hombres ha habido que más les valiera no haber ocupado sitios distinguidos que sólo les han servido para mostrar su poco valimiento, como elemento de descenso...!

Aún puede ahondarse más en el análisis de los conceptos que se vienen describiendo. El impulso de sinceración de la Academia y su deseo de trascender y adquirir una estructura universal en nuestro medio, obedece en el fondo a un sentido de incorporación al tren de realidades que afectan al ejercicio de la medicina en nuestros días. Mucho hemos hablado, escuchado y leído de la medicina "institucional" "socializada" y "de estado", y los conceptos de medicina "colectiva" y de "seguridad social" etc., ocupan con razón la atención de todos los militantes activos de la profesión médica, con más razón si tienen funciones directivas y con más razón si las desempeñan, con responsabilidad. Tal y como dichos conceptos son ineludibles realidades, lo son también las contingencias que crean en quienes viven de trabajar en torno a la profesión médica. No puede admitirse la causa sin contemplar el efecto. La correlación en el caso es prácticamente matemática, y, es justamente por ignorar o malinterpretar las implicaciones de esta interdependencia por

lo que ocurren disturbios gremiales en la profesión médica que exhiben lastimosamente miserias de incoordinación social en las que la única víctima es el enfermo.

Así como al médico se le pide que mantenga su deber de estudiar en forma permanente, sus principios humanísticos y éticos, su compostura de hombre de ciencia y sus virtudes de ser superior, quien se lo pide —llámese sociedad, autoridad, gobierno, institución, conciencia pública, etc.— debe evitar su desconcierto anunciándole lo previsible, comprender la inquietud que le produce lo imprevisible, contemplar sus necesidades de hombre común y las de hombre de ciencia y atenderlas según las posibilidades del medio. Tal y como resultaría absurdo que se construyeran los cimientos de un edificio sin considerar las consecuencias del peso que va a gravitar sobre ellos, así también aparece como una impropiedad dar lugar a sistemas que modifican la estructura medular de un servicio social sin atender los factores socio-económicos que dicho sistema va a sobrellevar.

La planeación debe preceder —en otros términos— a la ejecución. Y si se realizan hechos sin planear sus consecuencias, debe sobrellevar éstas quien lo hace y no quien los acata. Que no se pida al médico que sea víctima de la imprevisión e irresponsabilidad de quienes no planearon y que además no proteste de serlo. cuando la angustia de vivir apura y espolea las cuerdas rebeldes de su espíritu. Pero tampoco que el médico haga víctima de su ira —por muy justa que sea— al enfermo que ninguna culpa tiene de estar enfermo y de que su vida y su salud dependan de la conciencia y del trabajo del médico.

Pero además los cauces modernos de la ciencia y de la vida actual han establecido moldes de máxima sinceridad en el ejercicio científico. Las formas del que enseña e investiga no pueden ser, ni siquiera, rebuscadas y teatrales y menos aún carentes de objetividad. La juventud actual, en todos los órdenes —en ello abundamos en las ideas recién expuestas por Del Pozo— exige la verdad demostrada y se resiste a aceptar valores que no mira y no palpa; desprecia lo tradicional si no constata su excelencia y hace mofa de las solemnidades excesivamente protocolarias y formalistas. Y esas juventudes —empleando el término en sentido relativo, en función de lo que tiene impulso y capacidad de creación sin matices de larga experiencia— tienen razón. Lo que vale, vale en sí mismo, sin necesidad de revestirse de fórmulas convencionales. El maestro debe ser superior en conocimientos, hechos, virtudes y ascendencia para ser reconocido como tal y si no muestra esos atributos, no será aceptado. El investigador debe ser puro, de honestidad acrisolada, sincero, veraz y directo para planteamientos y deducciones. Ante las generaciones actuales ya no puede aparecer como investigador quien no lo sea y como profesor el que no tenga lo mejor para su enseñanza. . . La Academia atiende y vigila. Lamenta tirar al cesto fórmulas ancestrales de reconocimiento superfluo, pero entiende que para ella es de vida o muerte evolucionar en provecho de sus miembros

y de su prestigio. Por ello levanta la tapa que la cubre, abre sus puertas, construye en su recinto ventanas que iluminen y ventilen, invita a asomarse a su casa a todo el mundo, amplía sitios para que entren nuevos valores, y en su ansia por evolucionar y trascender acude afuera, como ahora, y esperamos que como siempre en el futuro, llevando a lo más el bagaje de lo que tiene. Si lo que tiene es poco o es mucho, o si vale o no vale, o si gusta o no gusta, es lo que tiene y es lo que puede ofrecer. No se puede pedir mayor sinceridad y buena voluntad en su actuación.

Colegas potosinos: con nuestra inmensa gratitud por la hospitalidad y gentileza de esta escuela gloriosa que teneis la dicha de poseer y que debeis cuidar como joya preciosa, con nuestro reconocimiento más cumplido hacia ese conjunto de personas —el Comité de Damas— que tan singularmente matiza de brillo y alegría todo lo que en esta bendita ciudad ocurre, reciban ustedes nuestro corazón centenario, al mismo tiempo viejo y joven, y el testimonio de nuestra confianza, que nos permitió aventurarnos a salir fuera de la capital por vez primera.